

## MANUEL, SU PINTURA Y SU PERSONA.

Me han ofrecido la oportunidad de colaborar con una opinión en la obra que se va a editar sobre la pintura de Manuel Rodríguez en una exposición lejana, y lo hago con mucho gusto porque se merece cualquier elogio por su valía de pintor junto a la sencillez y generosidad de su vida entera.

He dicho opinión y no crítica porque sería como tratar de juzgar desde mi autodidacta afición a la acuarela aguada –superaguada si se me permite, que pinta a su amor-, su rigurosa y espléndida técnica de sometimiento de su delicadísima pintura para sus elevados fines; ¡es que, como se dice coloquialmente, “no hay color”! Pero es que, además, me sería imposible porque reconocidos eruditos, tras no poder encajar su arte entre las corrientes modernas destacables, porque es distinto, lo alaban calificándolo como “singular”, prefiriendo hablar de un “Arte propio de Manuel Rodríguez” colocado en la cúspide, ante cuyo juicio sólo me queda sumarme encantado.

Y así, dado lo dicho y mis mucho años, torpe en el ver y discurrir, acepto este comprimiso si me dejan “contar”, no lo que sé de la singularidad de los cuadros sino de la personalidad del autor, hombre excepcional en su ejemplo. Empiezo confesando que las pocas pinturas que se vienen colgando en la Facultad de Medicina desde hace tiempo, me habían parecido siempre bonitas, interesantes, sorprendentes, muy personales, pero ha sido ahora cuando he aprendido lo que realmente son. Me fijo más, y lo que me parecía antes, por ejemplo, como goterones que él prodigaba y yo no entendía, con gafas ya y sin prisa, descubro que cada uno es un cuadro en sí a añadir al principal como ventanas que dan al campo, al mar, al cielo siempre azul, lo que la sensibilidad de Manuel quiere expresar; ¡ah! Y los fondos del cuadro no son de relleno, apoyos como suelen ser, sino que están llenos de intenciones. Así, a los pintorescos árboles que son los soportes principales de sus pinturas, añade puentes, estrellas, aguas, copones, frutas, lunas, montañas, libros, guitarras, pueblos, fuentes, banderas, iglesias...¿Se puede pintar más? ¿hay algún pintor que tenga motivos para serlo, que sienta, quiera y pueda decir tanto? ¿y que lo haga tan bien!

Ya sí veo que, sobre el revuelo de líneas, colores y transparencias que antes, quizás, me confundían, en lo que pinta Manuel hay concreción maestril para expresar sueños y pensamientos, búsquedas junto a convicciones, valores personales que se le escapan por doquier, como el amor, la fe, la evocación, la preocupación, la advertencia. Lean, lean; no sólo vean sino que lean y descubran escritas sutilmente, en letras pequeñas y por doquier, palabras como SOS, fragilidad, cultura, pax, vanidad, esposa, suspenso ¡y aprobado!, inri, rip, que incitan a todas las reflexiones e interpretaciones posibles...¡él sabrá!

Sorpresa y respeto a esa pintura, sí, pero, sobre eso, lo verdaderamente enriquecedor para mí han sido las circunstancias existenciales que habrán influido y que he descubierto en su autor cuando nos hemos sentado a hablar en su hogar/taller no hace mucho. Allí he comprobado lo que bulle dentro de sus convicciones, de su alma, y que brota por cualquier poro de su vida.

Puedo decir que todos los de su familia son iguales en virtudes, porque he visto que cuando hay que colgar los cuadros en su Galería, cuando hay que tenerla abierta horas y horas sin beneficio personal, cuando pesa tanto una exposición, trabajan y se turnan sin diferencias y con exquisito trato el padre, la madre y los hijos, siempre con una amabilidad que hay que experimentar para conocerla bien. Ahí, así es donde y cómo les he conocido y estimado, y por cierto que Manuel jamás me ha sacado conversación alguna sobre su pintura, aunque tampoco se puede ser tan torpe como yo.

Sí que me contó alguna vez que empezó a pintar pequeño pero no le fue fácil seguir porque tuvo que emigrar a París varios años para mantener a su familia, hacer trabajos diversos de poca monta para acabar sirviendo en una gasolinera, eso junto a muchas anécdotas que entonces fueron angustias, y -¡ah!- eso sí, vendió su primer cuadro. Cuando volvió, cuando fuera y como fuera, pasó a un puesto laboral en la Facultad de Medicina, y todo lo ha hecho tan bien que se le distingue y quiere como excepcional persona y compañero, cuya pintura no resiente sus deberes. Así, calla callando, en Secretaría, ha pasado a nominar la dignísima Galería de Arte "Manuel Rodríguez" creada para él, en su honor, y de la que presume la Facultad y la Universidad. Él no se ha creído nunca nada, y en ella -como fuera de ella- en Manuel es difícil imaginar ese pintor internacionalmente tan valorado.

¿...Y tendrán esos modales, esa modestia, raíces en Albolote, su pueblo cercano, la pura sencillez de vida, aspiración de muchos? Alboloteño "de nación" parece que vaya y venga de pintar o exponer obras estimadísimas de su arte como iría a tomarse un café al bar de la esquina, sencillo con su sonrisa puesta, nunca presuntuoso porque sabe que el hábito no hace al monje. ¡Habría que hablar de esto más con él!

En fin, no desea la familia nada más sino que está llena de agradecimientos que pregona en esta ocasión la madre: "Doy las gracias a todas y cada una de las personas que, de alguna manera, nos han ayudado en su pintura, y a Dios por ponerlo en mi camino. Su esposa MariTrini".

Querido Manuel: me ha salido eso y es que yo soy así, cuento lo que veo, lo que siento, pero a veces pienso que me paso y, sí, creo que debo pedirle perdón.

Miguel Guirao